

# En el río Grumeti

1.

**C**on sus diecinueve años cumplidos, mi hijo Sam, siempre ejemplar en su conducta doméstica, se había suscrito a media docena de revistas. No le interesaban las publicaciones deportivas, ni las de mecánica, ni las de fotografías de mujeres desnudas. De estas últimas le abastecía de cuando en cuando su amigo Ralph, que tenía en su casa un arsenal de pornografía con todo lo necesario para casos de urgencia.

Vivíamos en California.

Las revistas a las que mi hijo se había ido suscribiendo poco a poco eran de animales; de caza y pesca; de tribus salvajes; de naturalezas vírgenes. Todo lo que fuesen formaciones geológicas raras, plantas exóticas, pájaros, volcanes, grupos étnicos en vías de extinción, felinos de gran tamaño, ofidios, altas cataratas, monjes tibetanos, etcétera, lo asimilaba Sam con facilidad y provecho extraordinarios. Tenía para este tipo de información una retentiva casi milagrosa, y solo le bastaba leer por encima el nombre de una flor del Amazonas, o el de un bicho del Caribe, o el de una comunidad perdida en el corazón de África, para que se le quedase grabado en la cabeza. Sí; recordaba los nombres, y recordaba también otros datos, por difíciles y recónditos que fuesen. Podía, por ejemplo, repetir de memoria como ciertos aborígenes de Australia cocinaban el *goanna* o lagarto gigante; o el significado preciso de los signos que pintaban sobre peñas y rocas en las proximidades de algún manantial del desierto. Si se le preguntaba cuales eran las características especiales de tal medusa o tal gusano, las recitaba de un tirón, sin apenas darle importancia a la cosa, como si conocerse al dedillo las dimensiones, los hábitos reproductivos, la expectación de vida y la dieta alimentaria de la *Marplysa*

*Sanguínea* o del *Callipallene Brevirostis* fuese lo mas natural del mundo. Si salía la conversación del Pacífico Sur (lo cual podía muy bien suceder una vez al mes), Sam hacía gala de poseer conocimientos aún mayores que los de un Humboldt o un Malinowsky. De la vida sexual de los salvajes de la Melanesia, de como y cuanto follaban, no había persona que supiese mas. Era una fascinación escucharle a Sam, en presencia de toda la familia, describir con pelos y señales los diversos tipos de copulación que se estilaban entre los nativos de las islas de Nueva Guinea. Según los datos que mi hijo manejaba con tanta soltura, aquello debía de ser la caraba: muchachos de diez o doce años que vivían juntos en una *bukumatula* o residencia de solteros, y cuya ocupación casi única era adornarse el cuerpo con flores, collares y pinturas, para así atraer a las chicas del vecindario y joder con ellas a todo trapo cuantas veces les diese la gana. Y otras cosas.

Huérfano de madre, Sam se había criado conmigo y con sus dos hermanas mayores, Lisa y Clara. Con la pérdida de Sandy —mi mujer de tantos años—, sufrí lo indecible. Y de no haber sido por aquellos tres hijos, lo mas probable es que mi vida hubiese concluido a poco de terminar la de ella: desesperado y solo, tal vez bajo las ruedas de un tren, o envenenado por voluntad propia con alguna sobredosis de las múltiples píldoras que había en el botiquín de nuestra casa.

Sam no tenía un futuro claro. Había ingresado en la Universidad y no era mal estudiante. Pero elegía asignaturas muy dispares, lo cual era indicación de su falta de norte. No acababa de decidirse por una carrera concreta. Mi profesión —la urología— no le interesaba lo más mínimo. El pensamiento de tener que andar todos los días examinando próstatas, uretras, vaginas, vejigas y riñones le sacaba de quicio. Y con razón. A mí me disgustaba igualmente aquella sordidez médica. Pero de alguna forma tiene uno que ganarse la vida, y a mí me había tocado ésa.

En cuanto a Lisa y Clara, aunque vivían aún bajo el techo familiar, se habían independizado económica y emocionalmente nada mas cumplir la mayoría de edad. Trabajaban de ocho a cinco fichando libros en la Biblioteca Municipal. Su sueldo era modesto, pero las permitía pagarse los gastos personales y hasta algún viajecillo de recreo con sus novios. En estas excursiones, las dos parejas hacían vida marital por unos días. Cuando regresaban, su régimen volvía a la normalidad y se convertía en relación mas distante y serena.

Así las cosas, Sam me vino una tarde con una colección de fotografías que le había enviado desde Tanzania un conocido suyo.

— Mira, papa —me dijo—. Quiero que veas estas fotos del río Grumeti. Me las manda Kisumu Gnundi. Son de cocodrilos.

Y me dejo sobre la mesa del despacho un sobre grande de color manila con remite africano.

Había olvidado decir que Sam tenía bastantes amigos afroamericanos con los que se comunicaba muy bien. De cuando en cuando venían a nuestra casa y charlaban con nosotros. El amigo que le enviaba desde Tanzania las fotografías de los cocodrilos era uno de ellos, un muchacho con aficiones periodísticas. Estas lo habían llevado al Parque Nacional de Serengeti con una beca de estudios, suficiente para pagarle los gastos durante los tres meses que iba a durar la aventura.

Poco antes de que Sam me dejara sobre la mesa del despacho el paquete de fotografías, Clara y Lisa me habían recordado que aquella noche íbamos a ir al auditorio de la Biblioteca para asistir a la Fiesta Anual de Lectores Extranjeros. Era aquella una fiesta bastante rara, pero de intención desinteresada y noble. Una vez al año, los directivos de la Biblioteca, para probar que debía fomentarse el trato con los diversos grupos de inmigrantes que poblaban la villa, organizaban un espectáculo musical en el que participaba una gran cantidad de personas.

Familias enteras de filipinos, chinos, coreanos, senegaleses, indios, malayos y demás acudían anualmente a este espectáculo de variedades que se celebraba en su honor. Cantantes, instrumentalistas y bailarines salían de entre sus filas e interpretaban piezas folklóricas de sus respectivos países. Se cocinaban platos típicos. Se hablaban los idiomas propios.

Total, que tuve que aplazar la cita con las fotos hasta que volviéramos del festival en cuyos preparativos Lisa y Clara habían gastado tanta energía.

Cuando llegamos los tres al salón de actos, una mujer de pelo negro y mecha rubia repartía los programas. Lo hacía con la sonrisa en los labios. La gente llegaba, recogía el programa de sus blancas y nerviosas manos y buscaba sitio donde sentarse. Como la función iba a ser gratis, el local se llenó enseguida. Daban, encima, café. Sobre una larga mesa había varios paquetes de vasos de espuma, dos cafeteras eléctricas, tacos de servilletas de papel y media docena de tarros de azúcar.

La de la mecha rubia era mujer de unos treinta años, de estatura mediana, de buena figura, de rostro ojeroso, de dientes largos. Cuando se dirigió a nosotros, notamos inmediatamente que tenía acento bostoniano. No podía ser de otra manera. En Boston hay infinidad de mujeres así. Como, además, la población femenina de allí tiende al granate como tono dominante en el capítulo de polvoretas y carmines, el contraste de colores puede llegar a ser brutal.

La mecha rubia ponía en la cabeza de la repartidora de programas una banda de alegría. Pero todo lo demás era en ella de una tristeza de guiñol. Y hasta sus manos, tan hermosas, lucían en las uñas un esmalte de sangre coagulada que inspiraba toda clase de pensamientos. Aquellas manos habían sido hechas para empuñar cualquier otra cosa que no fuera un mazo de programas musicales.

Les pregunté a Lisa y Clara si la conocían, y me dijeron que no.

## 2.

Apenas si presté atención a las diferentes actuaciones. Chicos y chicas fueron soltando sus números en medio de abundantes aplausos y bravos. Yo estuve todo el rato fijandome a partes iguales en la mujer de la mecha rubia (se había colocado a mi derecha y la sorprendí varias veces mirandome con el rabillo del ojo), y en el niño de cara asimétrica sentado con su madre en primerísima fila. Si el mundo fuese mas justo, a él debían haberle sido dedicadas las piezas de amor que allí se estaban cantando. Los niveles de sofisticación que habían alcanzado las facciones de aquel crío tenían por fuerza que ser obra de algún dios. Ni las mas altas cimas del surrealismo podrían haber concebido aquella faz de oliva, con ojos y pómulos independientes, con orejas dispares, con sinuoso lóbulo frontal, con parpados de cera negra.

— Son egipcios —me susurro Clara al oído señalando a la joven madre y al niño—. Vienen mucho a la Biblioteca a escuchar libros infantiles que tenemos grabados en árabe. El peque es medio ciego.

Suspiré en silencio. Y cuando quise darme cuenta, habíamos llegado al plato fuerte de la velada. Tony y Martha Fontana, invitados de honor, iban a cerrar la sesión cantando a dúo. Jamas había oído hablar de ellos.

— ¿Quiénes son? —les pregunté en voz baja a mis hijas.

— Pero, ¿no lo sabes?

Negué lentamente con la cabeza.

— Son muy conocidos aquí —me explico Lisa—. Cuando eran mas jóvenes trabajaron en películas de Hollywood. Ya veras.

El piano estaba esperándolos en el centro de la tarima que ahora empezaba a iluminarse un poco mas, al tiempo que un señor casi anciano, calvo, con aspecto de oficinista, irrumpía por una de las puertas del fondo arrastrando de la mano a una vieja dama pelirroja, baja, gruesa, con amarillo vestido de seda y zapatos blancos. Eran los Fontana.

— Sam debería haber venido con nosotros -musito Clara-. ¿Por qué no lo hace nunca?

— Si no ha querido venir, peor para él -decía Lisa en voz baja.

No quise intervenir. Pero, ¿como imaginar que Sam pudiese nunca descender tan bajo? ¿Meterse en aquel hoyo? Pensaría, y con razón, que todos los hombres y mujeres que cantan son tipos de cuidado; que quienes viven de su voz tienen una manera de ser que los aparta de lo normal, pero no para alzarlos a las alturas de la genialidad, sino para precipitarlos en los barrancos del desvarío. Sam estaría a aquellas horas matando la tarde en el Museo de Ciencias Naturales, como era costumbre suya, extasiado en la

contemplación de alguna *Ilyanassa Obsoleta* o de una *Chrysaora Ouinqucirrha*, por mencionar solo dos posibilidades.

Comparada con la de escuchar a Martha y Tony Montana en el abarrotado salón de actos de la Biblioteca Municipal, la ocupación de mi hijo era incuestionablemente mas aristocrática y sublime.

Los cantores no habían abierto aún la boca, cuando el niño egipcio de cara asimétrica se deslizó hasta el suelo de moqueta verde, mordió a su madre en los cañones del pantalón y se subió otra vez al asiento como si no hubiera pasado nada.

Vi con claridad que habla llegado el momento de salir de allí. De pronto me entraba la prisa de irme paseando a casa y abrir el sobre de fotografías que Sam me había dejado en el escritorio.

— ¿Te vas ahora, antes de que empiecen?

— Sí —les dije a las niñas—. Pero no os preocupéis de mí. Necesito despejarme un poco y voy a volver andando.

Clara y Lisa se encogieron de hombros y fabricaron en la semioscuridad de la sala un gesto de resignación.

— Ya me contaréis luego —añadí mientras me levantaba.

A gachas, procurando no hacer ruido, fui deslizandome por entre la fila de butacas rumbo al pasillo lateral. A la mujer de la mecha rubia la rocé intencionadamente las rodillas con mis piernas.

Ella no se movió. Pensé que a lo mejor aquella inmovilidad suya podía ser el principio de algo. Quizá le interesara el espectáculo todavía menos que a mí, y estuviese esperando que alguien la invitara a dar un paseo y se la llevase después a la cama. Pero ¿como saberlo? No era cuestión de que yo se lo preguntara. No había tiempo para eso. Si de verdad ella quería salir de aquella gruta y venirse conmigo, que lo hiciera por sí misma sin esperar a que de mí saliese una invitación en regla. Lo único que yo podía hacer era apretar fugazmente con mis piernas, de camino hacia el pasillo, sus blancas rodillas. Y así lo hice.

La mujer de la mecha rubia no se unió a mí hasta que me hube alejado dos manzanas de la Biblioteca. Llevaba el bolso colgado al hombro, y sus tacones golpeaban ruidosamente las losetas de la acera.

— Al niño de piel de aceituna y facciones deformes —me dijo a poco de alcanzarme, cuando ya caminábamos juntos— lo he visto muchas veces en la playa con su madre. Somos medio amigas. Ella me cuenta de los calvarios que tiene que pasar con la criatura.

— Pero ¿qué hace?

— Cosas muy raras.

— ¿Por ejemplo?

— Por ejemplo, pescar almejas. Con un palo y un cubo, baja a la playa y cava pozos en la arena para sacar de allí almejones del tamaño de un

huevo, de pulpa marrón, incomedibles y fétidos, que luego se lleva a su casa y alimenta con restos de merluza frita y tripas de sardina.

— ¿Como?

— Pues, muy fácil. Las almejas abren de cuando en cuando sus valvas de concha, emiten una suerte de trompa viscosa y gorda, y chupan lo que el niño les pone delante.

— ¿Y aguantan así mucho tiempo?

— Tres o cuatro días. Cuando los almejones se mueren, el chico dice que hay que ir a por mas. La madre piensa, y con razón, que eso no es plan. Y por eso aprovecha cualquier coyuntura para intentar que su hijo desarrolle hábitos nuevos. Aun contando con su oligofrenia, ella espera que se aficione algún día a otra cosa. A la música, por ejemplo. De ahí, que se lo lleve a festivales y conciertos siempre que puede.

La mujer de la mecha rubia dijo llamarse Amelia.

Primero anduvimos un rato codo con codo, y luego se ofreció a llevarme a mi casa en coche.

— De acuerdo —dije—. Déjame que recoja allí unas fotografías, y después nos vamos a un bar a tomar algo y las vemos juntos, ¿te parece?

— Fotos, ¿de qué?

— De cocodrilos.

Asintió con la cabeza. Por lo visto, estaba dispuesta a todo. Pero antes tenía que contarme su historia. Lo hacía en el coche, con la vista fija en la calzada, aferradas las manos al volante.

Amelia tenía un problema personal. A pesar de haber cumplido los treinta años, su padre y su madre seguían tratándola como si fuese una niña de diecisiete. No querían que fuese a ninguna parte. Le decían que todos los hombres eran unos guarros y que solo les interesaba abusar de las mujeres. Era extraño que en los años 90 continuaran pensando así. Pero los padres de Amelia hablan cogido esa costumbre y era imposible sacarlos de sus trece.

Durante una temporada, y a pesar de que su hija no había dado nunca muestras de entusiasmarse con asuntos de iglesia, pensaron en internarla en un convento de teresianas. Hasta llegaron a hablar seriamente con la Madre Superiora de una comunidad vecina. Pero cuando, hechos los necesarios preparativos, vino el momento de la verdad, Amelia se encerró en el cuarto de baño y se abrió las venas de los brazos con una cuchilla de afeitar. El padre forzó la puerta y logro cortar la hemorragia con esparadrapos y toallas, llamo a la casa de socorro, y entre unos y otros lograron impedir lo peor.

Ahora bien: a raíz de este episodio, las relaciones en el seno de la familia habían empeorado todavía mas. Primero, se mudaron todos a California; en segundo lugar, y a fin de evitar futuros intentos de suicidio, los